

# Ciudades para las personas, ciudades para la vida: Género y urbanismo

*Este artículo quiere compartir ideas con el objetivo de ir recomponiendo criterios que nos permitan salir del impasse al que la deriva del urbanismo nos ha dirigido en las últimas décadas. La idea de ciudad, como espacio común de nuestra vida cotidiana y factor clave de la calidad del día a día, se ha visto secuestrada por la condición urbana de ser base de operaciones económicas y negocios inmobiliarias. El "urbanismo de los negocios" se ha puesto muy por delante del urbanismo de las personas. La lógica del mercado se ha impuesto también en la definición de nuestras ciudades.*

**E**stamos en un momento de oportunidad para redefinir o, al menos, intentar repensar las ideas y herramientas que empleamos para abordar el futuro de las ciudades, que albergan ya a la mitad de la población mundial. La vida ya es urbana *de facto* para la mayoría de los europeos. El futuro de las ciudades va a determinar el futuro del planeta y de la humanidad.

Los últimos años de urbanismo desbocado, y posterior frenado en seco, han conseguido mostrar claramente cómo las pautas que veníamos aceptando y poniendo en práctica, pese a estar contestadas por la investigación y de la reflexión crítica, no sólo no sirven para crear espacios para la vida, la convivencia y el desarrollo de las personas en un marco de sostenibilidad, sino que ni siquiera son útiles a la hora de organizar adecuadamente el negocio inmobiliario, en el que se centran la mayor parte de sus herramientas y protocolos. El caótico derrumbe del sector inmobiliario, con especial gravedad en España, ha conseguido arrastrar a toda la economía a una crisis como no se recordaba en la historia reciente y a la consecuente situación de fractura social.

Isabela Velazquez  
Valoria es  
arquitecta urbanista

El otro urbanismo, bienintencionado, equilibrador y reparador, que intentaba poner coto a la promoción inmobiliaria mediante un entramado de límites y distribución de las plusvalías creadas tras un acto administrativo, hace años que estaba de capa caída. De hecho, si repasamos la deriva de las ciudades en las últimas décadas, tenemos que poner en duda también las premisas de este urbanismo defensivo, ya que se basaba en muchas ideas erróneas u obsoletas, adecuadas a la época en que fue concebido. El planteamiento del urbanismo moderno<sup>1</sup> se elaboró a partir de las discusiones de principios del siglo XX,<sup>2</sup> cristalizando en un documento con ambición de definir un patrón universal, moderno y racional, llamado la Carta de Atenas liderado por el arquitecto Le Corbusier en 1933.

Estos planteamientos, en parte como reacción a la insostenibilidad de la ciudad industrial, congestionada e insalubre tras la llegada de la fábrica y de sus trabajadores a la ciudad heredada, proponían soluciones simplistas, basadas en una organización social patriarcal: la mitad de la población sacrificaba su vida en apoyo de la calidad de vida de la otra mitad. Las mujeres se ocupaban de la casa, de la familia, de la reproducción, de los niños, de la enfermedad, de la dependencia y de muchos otros temas. Todo ello se resolvía «de puertas adentro»,<sup>3</sup> en la esfera de lo privado. La ciudad sólo debía resolver el espacio de lo público, del trabajo “extra muros”, de la producción, de la circulación, del comercio o del ocio.

La ciudad que propone como solución este urbanismo del Movimiento Moderno se basa en segregar las actividades de la vida cotidiana en zonas de un solo uso: residir, trabajar, disfrutar del ocio... unidas mediante grandes vías que priorizan el tráfico de personas y mercancías basado en el uso de un vehículo privado, factor clave de la industria y al consumo. Inicialmente se intentó incluso destruir la herencia de la ciudad compleja existente, sustituyendo el entramado de calles, plazas, monumentos y usos diversos que caracteriza a las mejores ciudades por los polígonos residenciales, de ocio o de trabajo, que proponía la nueva ordenación.

Las correcciones a este modelo simplificador a menudo han venido definidas por la acción de ciudadanas y ciudadanos que, mediante protestas e iniciativas desde abajo, han tratado de “domesticar” este urbanismo autista respecto de la vida real de las personas, adecuado sólo para organizar la vida de un ciudadano también universal y autosuficiente, que se concreta en individuos ajenos a todas aquellas responsabilidades que se habían reservado a las mujeres en los siglos XIX y XX. Actualmente, siendo teóricamente tarea de todos, de hecho esta parte de la organización social se mantiene en la esfera femenina, por

<sup>1</sup> El concepto fue inicialmente elaborado por el urbanista Ildefonso Cerdá en los trabajos previos al Plan de Ensanche de Barcelona (1859).

<sup>2</sup> José Luis Sampedro recuerda en el ensayo *La Ciencia y la Vida* (2008), como la economía asimismo se basa en axiomas del siglo XVIII o la religión ha quedado estancada en el siglo XVII.

<sup>3</sup> M. Á. Durán (dir.), *De puertas adentro*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.

la inercia de la costumbre, el inmovilismo cultural y la persistencia de cuestionadas y arcaicas reglas patriarcales. Por esto es por lo que se afirma que la ciudad moderna está hecha a la medida del hombre y olvida a las mujeres.

---

**Hay demasiados temas ausentes en el modelo urbano  
que sigue la lógica del mercado. Hay demasiadas personas  
que no tienen derecho real a la ciudad**

---

Pese a ello, o precisamente por ello, las mujeres sí han tenido un papel esencial en la construcción de la ciudad contemporánea. A modo de ejemplo, quiero citar en estas notas, el trabajo realizado por la investigadora Daphne Spain,<sup>4</sup> sobre la ingente labor de activistas sociales, de los derechos humanos y de la mujer que, en Estados Unidos que consiguieron antes y, sobre todo, tras la Depresión de 1927, canalizar las necesidades urbanas de una población depauperada y con graves dificultades de supervivencia, llenando las monumentales ciudades a medida de las grandes corporaciones que había soñado el urbanismo de las 'beautiful cities' de la década de los años veinte, con parques, equipamientos, comedores y lugares para que pudieran vivir con más dignidad los inmigrantes, la población negra y las familias trabajadoras estadounidenses. Frente al urbanismo de arriba abajo, a merced del negocio inmobiliario de forma más o menos explícita, la ciudadanía, y en concreto, las mujeres han ido manifestando su desazón con unos espacios que olvidaban los aspectos esenciales de la vida en su diseño y hacían más difícil cumplir estas tareas domésticas o familiares.

A inicios de los 90, confluyeron las diferentes corrientes de pensamiento crítico que venían observando el efecto demoledor de estos planteamientos sobre las ciudades. Las tramas modernas por fortuna sólo consiguieron la sustitución de los antiguos centros en contadas ocasiones, pero han conformado las periferias de las ciudades en casi todo el mundo hasta el momento.

Se puso en cuestión el urbanismo del Movimiento Moderno y aparecieron conceptos distintos en el planeamiento como la diversidad de usos, la rehabilitación y regeneración de las ciudades o la recualificación de las periferias. Sin embargo, la presión inmobiliaria, en una economía globalizada derivó hacia una planificación "sin complejos", volcada a hacer posible el negocio inmobiliario sin trabas, expulsando de la ciudad los usos no rentables, aumentando aún más la dependencia del vehículo privado, que había mostrado con creces su incompatibilidad con los espacios urbanos. Las periferias mutaron a suburbios, ciudad dis-

---

<sup>4</sup> D. Spain, *How women saved the City*, University of Minnesota Press, 1992.

persa o urbanizaciones, donde lo urbano desaparece en una sucesión de viviendas o una sucesión de espacios para el consumo, para el ocio o para el trabajo. «No lugares» o espacios donde no sucede nada, donde no hay posibilidad de encuentro ni de intercambio.

El movimiento feminista y las grandes pensadoras de la ciudad se unieron pronto a la reflexión sobre la ciudad que necesitamos para desarrollar una vida digna, integral y satisfactoria. Jane Jacobs,<sup>5</sup> una periodista que llegó al urbanismo desde la lucha contra la destrucción de su barrio en Manhattan, abordó la calidad y la seguridad de la ciudad existente, encabezando una corriente de implicación de la ciudadanía, especialmente de las mujeres, en la defensa y mejora de una ciudad adecuada a todas las actividades. Saskia Sassen<sup>6</sup> trajo la realidad de unas ciudades globales, presentadas como ideal del mundo globalizado, ajenas a la vida que en ellas se desarrolla. Françoise Choay<sup>7</sup> nos advirtió tempranamente de la pérdida de lo urbano en los modelos que se iban consolidando. Dolores Hayden<sup>8</sup> puso en cuestión el modelo de ideal americano de vida suburbana, advirtiendo sobre las consecuencias ambientales y sociales, desde una perspectiva de género, de su universalización.

Muchas otras asociaciones, activistas, mujeres profesionales llevan años definiendo, compartiendo, creando espacios de participación para las mujeres y para toda la ciudadanía para transformar esas lúcidas críticas en modelos para la ciudad que necesita una sociedad más igualitaria.

## La oportunidad de cambiar

Tras años de construcción compulsiva de extensiones de la ciudad, hemos llegado al tiempo en que la reflexión ha venido impuesta por la tozuda realidad. El sector de la construcción se ha marchitado hasta casi desaparecer o emigrar, tenemos viviendas construidas para cubrir la demanda de nuestras ciudades (si quienes las necesitan pudieran acceder a ellas), y contamos con más suelo clasificado del que podríamos desarrollar en décadas si la maquinaria promotora tuviera posibilidades de ponerse en marcha.

Pensar en una ciudad para las personas significa cambiar radicalmente el modo de hacer en nuestras ciudades. Hay demasiados temas ausentes en el modelo urbano que sigue la lógica del mercado. Hay demasiadas personas que no tienen derecho real a la ciudad. El urbanismo concede prioridades, refleja poderes y confiere derechos a unos y otros

---

<sup>5</sup> J. Jacobs, «Muerte y vida de las grandes ciudades», Península, Barcelona, 2011.

<sup>6</sup> S. Sassen, *La ciudad global*, Universidad de Buenos Aires, 1999.

<sup>7</sup> F. Choay, *Urbanisme, Utopies et réalité*, Paris, Le Seuil, 1965.

<sup>8</sup> D. Hayden, *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work and Family Life: Gender, Housing and Family Life*, 2002.

tipos de ciudadanos según estén o no alineados con la visión economicista de nuestra sociedad.

Entre los temas que hay que introducir en el nuevo urbanismo, son especialmente relevantes los agujeros negros relacionados con la falta de consideración de los aspectos ambientales o de los aspectos sociales y con la participación de los ciudadanos y ciudadanas en la definición del modelo urbano.

---

### Centrándonos en los inexistentes criterios sociales que mejorarían la ciudad, hay que incidir en la absoluta necesidad de incorporar la visión de género y generación al urbanismo

---

Sobre la inviabilidad ambiental de las ciudades en un momento en que se superponen varias crisis de este tipo y se consideran sobrepasados los límites ambientales globales y locales, desde el cambio climático hasta la contaminación local o la crisis de los recursos, no quedan dudas y existe suficiente investigación para corroborarlo. Simplemente recordar que todas las crisis (económica, ambiental, financiera) se expresan en el territorio, complicando la vida real de las personas, especialmente de las más vulnerables y de las que se ocupan de ellas.

La situación de cambio civilizatorio, en un momento en que nuestro planeta enfrenta un cambio tan claro en el modelo de comunicación, de energía y de tecnología, está clara y reiteradamente explicada en los trabajos de Jeremy Rifkin. Ante cambios de esta importancia, con la incertidumbre que generan, confiar a unos patrones definidos a inicios del siglo XIX para una sociedad substancialmente diferente y aplicados por equipos de tecnócratas o, peor aun, a promotores interesados en exclusiva por el beneficio económico de las intervenciones en la ciudad, es simplemente suicida. El reto de pensar la nueva ciudad que corresponde a la nueva sociedad que estamos conformando, tiene que ser una tarea colectiva, abriendo el derecho a tomar parte a la ciudadanía, especialmente a aquella que ha tenido menos oportunidad de influir y participar en los procesos anteriores.

Centrándonos en los inexistentes criterios sociales que mejorarían la ciudad, hay que incidir en la absoluta necesidad de incorporar la visión de género y generación al urbanismo. No es fácil porque, si bien en los últimos años se ha avanzado mucho desde el ecofeminismo en la reflexión sobre la “crisis de los cuidados”, la mayoría de los temas relacionados con la sociedad de las mujeres siguen siendo bastante opacos para la comunicación.

Un símil que creo bastante acertado para describir la situación de nuestra sociedad es el que describe su funcionamiento como un enorme y brillante iceberg, en el que la parte superior que sobresale del mar corresponde a las actividades monetarizadas, que suplantán el

conjunto de la actividad social. Al tiempo, toda esta actividad visible se sustenta en una serie de trabajos y esfuerzos, ni pagados ni reconocidos, realizados desde la solidaridad y la generosidad de las personas menos valoradas de la sociedad. En el concepto global de “cuidados” se integran toda esta actividad que permite que la vida continúe, y que cobran mayor relevancia en los momentos en que la crisis económica derrite la punta del iceberg. ¿Cómo sobreviviría nuestra sociedad sin la actividad generosa y esforzada de las madres, abuelos, familias que apoyan a aquellos que se han quedado sin trabajo, fuera de los circuitos monetarios? ¿Qué pasaría si los recortes no se compensaran con el trabajo gratuito e indispensable de la cara solidaria de la sociedad, que por costumbre o por cultura sigue recayendo en las mujeres? Máxime en una situación agravada en los últimos años al debilitarse o casi desaparecer el estado del bienestar, que paliaba esta injusta distribución de los trabajos necesarios (sin becas, sin escuelas públicas infantiles, con una sanidad debilitada, sin residencias), todo recae puertas adentro en convivencias que están definidas por el patrón patriarcal: se desploma el trabajo masculino, pero aumenta el número de horas de las mujeres.

Se trata de una imagen muy gráfica para explicar que si sólo apreciamos (en el doble sentido del término) lo que tiene precio, que no valor, estamos fundando esta nueva civilización en bases muy débiles. En nuestra economía, la valoración se resume en un precio monetario. Lo que no se monetariza desaparece del relato. O, como explica José Luis Sampedro, el dinero es nuestro dios incontestado.<sup>9</sup>

No se trata sólo de **lucha contra la discriminación** de parte de la sociedad, si bien también se puede considerar desde ese punto de vista. La parte escondida del iceberg es la que nos mantiene vivos: sin crianza, sin cuidados, sin sociabilidad, sin intercambios, sin creatividad no es posible una vida digna. Y ocuparse de todas esas tareas, complementarias del trabajo remunerado o de hacer dinero, no es responsabilidad de una parte de la sociedad sino de toda la sociedad. Citando a Yayo Herrero, al igual que el planeta tiene límites, las personas tienen límites. La interdependencia, la solidaridad, los cuidados son herramientas de supervivencia. Lo explica Almudena Hernando, que desde su investigación como prehistoriadora, formula una tesis para explicar el origen de este concepto o el por qué, en las sociedades patriarcales, se impone que la mayoría de estos trabajos de cuidado sigan en manos de las mujeres.

## ¿Cómo incorporamos el género y la generación al urbanismo?

Hoy es el día en que nos corresponde el pensar en vías de salida, en soluciones y cambios. El reto es cómo trasladar este momento de transición civilizatoria al urbanismo, desde unas

---

<sup>9</sup> J. L. Sampedro y V. FUSTER, *La Ciencia y la Vida*, Penguin Random House, 2015.

claves de sensatez y equidad, que distan mucho de los escaparates y espejismos con que nos han disfrazado la realidad en los últimos tiempos.

El trabajo que cotidianamente reproduce la vida en los hogares o en la sociedad no aparece en el urbanismo, no es objeto de planeamiento. En la construcción colectiva del espacio que imaginamos, antes de la regulación urbanística, el resultado era que, al menos los espacios de convivencia o de sociabilización eran tenidos en cuenta. En el urbanismo reparador del Estado del bienestar, había unos límites y un compromiso de respetar los estándares, las dotaciones conquistadas por el activismo social. Como ejemplo, las zonas verdes se anulaban únicamente con permiso del Consejo de ministros. En estos momentos, todos estos límites se han superado, en un proyecto de ciudad “sin complejos” que se salta todos los acuerdos sociales sobre lo que es una ciudad digna y lo que no, para ponerse al servicio de las necesidades de la inversión inmobiliaria.

Si damos la importancia que se merece a la vida y a la base que la sustenta, tenemos que cambiar la forma de hacer ciudad. Habrá que priorizar el control del espacio y del tiempo por parte de las personas que viven la ciudad sobre las expectativas de negocio o de especulación inmobiliaria. Habrá que tener en cuenta que convivencia, autonomía, empleo o encuentro son conceptos que se deben traducir al ámbito urbano.

La sociedad está cambiando: es obvio que el envejecimiento, la menor natalidad, las múltiples relaciones a lo largo de una vida o las nuevas pautas de vida y trabajo nos enfrentan a retos que en la injusta situación anterior estaban resueltos. Por ejemplo, la autonomía de niños y mayores ha decrecido enormemente en las últimas décadas, y el cuidado de las personas no autónomas sobrecarga unas vidas ya saturadas de responsabilidades familiares y laborales, en el mejor de los casos. Sin embargo, conseguir que la ciudad favorezca o permita la mayor autonomía de niños y mayores rara vez es un objetivo de los espacios urbanos.

## **¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Por qué tenemos que cambiar la forma de hacer? ¿Qué hemos heredado y qué queremos conservar?**

El reto está en conservar lo mejor del urbanismo incorporando todos estos temas, esta parte del relato de la vida de las personas que se solucionaba “puertas adentro”, bajo la responsabilidad absoluta de las familias, *ergo* mujeres. Lo doméstico, la crianza o el cuidado a dependientes son vectores transversales útiles a la hora de proyectar un espacio donde se concretan estas actividades.

Un ejemplo claro: la movilidad urbana y la autonomía. Dependiendo de que tipo de calles y plazas decidamos tener, tendremos la posibilidad de que los niños y niñas o las personas mayores o muy mayores puedan moverse libremente por ellas. La prioridad a los modos activos que pedimos es la solución desde el punto de vista de la energía y la salud, pero implica una reducción de la velocidad y la intensidad del tráfico motorizado que pasa a un segundo plano, y volver a recuperar la calle para ese porcentaje considerable de la población que componen niños y mayores. Ello supondría un cambio radical en el diseño, en los objetivos, en la gestión del espacio público. Y el único modo de hacerlo sería contar con una participación pública de todos los sectores de la población para conseguir un cambio radical en comportamientos y prioridades.

Al igual que este ejemplo, podríamos desarrollar este objetivo de autonomía máxima para la ciudadanía de todas las edades y, por tanto, el control de su tiempo y de su espacio no sólo para las personas vulnerables, sino para aquellas que dedican su tiempo y energía a cuidarles. Es decir, tendríamos que ser capaces de conseguir una ciudad en la que sea fácil crecer y fácil envejecer, frente a una ciudad cómoda para desplazarse en coche. Estas últimas son la mayoría, pero de las primeras también tenemos ejemplos antiguos y recientes.

Este ejercicio se puede trasladar a todos los temas que el urbanismo atiende: la vivienda, los equipamientos, el comercio, la actividad económica, las zonas verdes... En todos ellos hay un modo inercial de urbanizar o de hacer ciudad, priorizando intereses económicos y derechos caducos consolidados y una nueva mirada que abre oportunidades para la complejidad de la vida actual.

Incorporar a las personas significa pensar en sus problemas, en sus necesidades, en sus diferencias y puntos de vista y actuar a favor de las que más lo necesitan. Significa incorporar todas las fases de la vida en su derecho al espacio y al tiempo. Significa poner por delante el equilibrio, los bienes comunes, frente al mero beneficio especulativo. Significa valorar la vida de los que hacen real la solidaridad frente a los derechos teóricos de los autistas, de los que se piensan poseedores de lo público.

Más sensibilidad a una población que envejece, que quiere conciliar si ello fuera posible, que trabaja por la igualdad, que tiene que sobrevivir con menos recursos, que no puede perder tiempo en una ciudad cronófaga, que no puede perder salud en entornos hostiles, que debe reconciliarse con su espacio de vida. Proyectos de género y de generación que emprendan la mejora continua de la ciudad desde las necesidades de la gente que la habita.

Es decir debemos incorporar nuevos criterios en nuestros proyectos de forma que las necesidades humanas se vean reconocidas y solucionadas, sabiendo que contamos para mejorar la ciudad sólo con los restos del festín. Cualquier medida, propuesta electoral, plan



o programa debería pasar tres filtros: la coherencia ambiental, la responsabilidad social y la sensatez económica.

---

Incorporar a las personas significa pensar en sus problemas, en sus necesidades, en sus diferencias y puntos de vista y actuar a favor de las que más lo necesitan. Significa incorporar todas las fases de la vida en su derecho al espacio y al tiempo

---

## Algunos vectores del urbanismo de género y generación

Son muchos los temas de consenso que definen lo que podría ser una ciudad para la igualdad o para la justicia, aunque cada ciudad y cada proyecto deben partir de las condiciones específicas de cada caso y, sobre todo, de las decisiones de sus habitantes. Sin ánimo de exhaustividad, algunos temas claros para profundizar serían:

- Hacer posible la proximidad, conseguir la diversidad de usos en espacios complejos que permitan una vida de cada día sin grandes desplazamientos es una condición *sine qua non*, para abordar una vida digna.<sup>10</sup> Para ello es necesario articular unos barrios con calidad de vivienda y amplitud de espacio, que consigan resolver temas como la mezcla de usos, la vitalidad o la actividad en la calle. La red de equipamientos y espacios públicos es clave para facilitar los encuentros e intercambios, la convivencia y la seguridad que son elementos básicos de la vida urbana. Esta red debería servir de soporte a los servicios comunitarios o personales que permitan a todos satisfacer sus necesidades básicas. La desproporción entre los espacios públicos y los espacios de uso público es enorme. Algunos refuerzos positivos serían los centros cívicos y espacios de identidad colectiva que bombeen convivencia, actividad colectiva, cultura y salud a sus habitantes.
- Intervenir en la recuperación de la escala en calles y plazas, domesticar los nuevos espacios, donde se ha perdido parte de ese uso universal, para conseguir la calidez y amabilidad del centro de siempre. No podemos resignarnos a perder la calidad del espacio público por conseguir mejores viviendas. Hay que recuperar la escala de la vivienda y la de la ciudad. Una red de espacios públicos con nombre: calles, paseos, jardines, plazas... abiertos a todos, sin cotos excluyentes ni espacios exclusivos, en un proceso tenaz y continuado de recuperación del equilibrio en el uso de estos espacios para la vida en todas sus dimensiones, gracias a las actuaciones en movilidad y espacio público. Recuperar los espacios inutilizados, abandonados, que fracturan la continuidad de la ciudad

---

<sup>10</sup> M. Román e I. Velázquez, *Guía de Urbanismo con perspectiva de género*, Instituto de la Mujer, CA de Murcia Accesible en [www.gea21.com](http://www.gea21.com), 2008.

- Recuperar la articulación de la ciudad con su entorno es otro tema importante desde la salud y desde la actividad física: El paseo cotidiano a la naturaleza es un privilegio que muchas ciudades deberían poder ofrecer a sus ciudadanos. Hay mucho por hacer, diseñar piezas capaces de conectar lo urbano con un territorio, que es a la vez pulmón y dispensa, que garantiza un metabolismo urbano de proximidad que puede ser necesario en un futuro próximo. No podemos negar a nuestros hijos ni a nosotros mismos esta conexión con lo natural que no se puede simplificar en un cuadrado verde en medio de un damero urbanizado.
- El empleo, el trabajo bien distribuido y satisfactorio debiera ser uno de los objetivos claros de cualquier planificación, especialmente en un país tan afectado por el desempleo. Y ¿qué tiene que ver el empleo con el urbanismo? Todo, y no precisamente medido en hectáreas de polígono industrial con farolas y sin naves. Desde hace tiempo estamos de acuerdo en que la separación de usos no nos lleva más que a perder tiempo corriendo de un lado para otro, o a justificar itinerarios en coche como única solución de desplazamiento. Si no hay empleo de proximidad se hace imposible la conciliación, hay padres y madres que pasan más tiempo en el coche o en el tren que disfrutando de sus hijos. No deberíamos permitir que fuera posible proyectar o rehabilitar un solo espacio urbano más sin conseguir esta mezcla de espacios para trabajar, residir, disfrutar o vivir en proximidad, sin estar a merced de los combustibles fósiles.
- La movilidad es otro de los aspectos en que un cambio de prioridad es realmente necesario. Conseguir vías con prioridad al transporte público, aceras y sendas para los modos activos, los más positivos para la ciudad, Y que el coche recupere su carácter de 'utilitario', que sólo se use para lo que es realmente útil, cuando los otros modos no son viables.

Una construcción colectiva de la ciudad que, a través de diversos procesos retroalimentados, ha ido redefiniendo la cultura de la ciudad, a partir de unos invariantes que marcan el norte siempre: la actividad económica dentro de la ciudad, la compacidad, el espacio público, la relación con la naturaleza.<sup>11</sup> Una cultura urbanística consolidada que se reconoce más fuera que dentro marca los elementos de cambio, en los que coinciden ampliamente los criterios ambientales y los criterios sociales, pero que deben considerarse complementarios.

Y un esfuerzo de gestión de los técnicos y de los responsables, rompiendo visiones cerradas e integrando proyectos, un esfuerzo de transversalidad que merece la pena desarrollar.

Sin la presión inmobiliaria urgente es tiempo de retejer, mejorar, diversificar. La densidad no se mide sólo en viviendas, sino en empleos, en servicios, en huertos o en canchas de

---

<sup>11</sup> Véase definición de Ecociudad en C. Verdaguer, I. Velázquez, *Proyecto ECOCITY Manual para el diseño de ecociudades en Europa. Libro I: La ecociudad: un lugar mejor para vivir, SEPES\_Bakeaz* [Accesible en [www.gea21.com](http://www.gea21.com)2008].

baloncesto La diversidad y la optimización de recursos son asignaturas a explorar en un necesario proceso de mejora continua de la ciudad. Desligarse completamente de cualquier tentación especulativa o de *business as usual*, sobre todo ahora que ni siquiera es viable: repensar operaciones basadas en estas premisas tanto en la ciudad consolidada como en los nuevos desarrollos.

E intervenir para cambiar de rumbo, para transformar, para encaminarnos hacia á recreación de unos lugares que permitan la vida en todas sus dimensiones.

Espero que estas reflexiones animen un debate necesario: el nuevo modelo de ciudad para una nueva situación económica, social y ambiental. Implantar en el urbanismo los códigos de la nueva sociedad, de la ecología y, por supuesto de la ética, es tarea urgente, recuperando el sentido último de un campo de conocimiento fundamental para la calidad de la vida urbana incorporando todas sus dimensiones.